

## IDENTIDAD Y MISIÓN DEL RELIGIOSO HERMANO EN LA IGLESIA



### 2. LA IDENTIDAD DEL RELIGIOSO HERMANO:

#### *Un misterio de comunión para la misión*

#### **Memoria del amor de Cristo: “Lo mismo debéis hacer vosotros...” (Jn 13,14-15)**

12. Para profundizar en la identidad del Hermano nos dejaremos iluminar interiormente contemplando uno de los iconos más sugerentes de los cuatro evangelios: *Jesús lavando los pies a sus discípulos*.

La narración que el evangelista Juan nos ofrece sobre la cena del Jueves Santo se inicia con esta solemne y entrañable afirmación: “Y él, que había amado siempre a los suyos que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el fin” (Jn 13,1). La última cena de Jesús con sus discípulos se desarrolla en un ambiente de *testamento*: Jesús compromete a sus discípulos y, a través de ellos, a toda la Iglesia, a continuar el *ministerio de salvación* que alcanza su culmen en la muerte de Jesús en la cruz, pero que había desarrollado durante su vida, tal como se refleja en aquella respuesta a los discípulos de Juan: “Id y decid a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el mensaje de salvación” (Lc 7, 22).

La Iglesia se siente, pues, constituida en *pueblo ministerial* por encargo de Jesús. Los evangelistas representan la institución del ministerio eclesial a través de dos iconos. Los tres sinópticos eligen el icono de Jesús partiendo y entregando su Cuerpo y su Sangre a sus discípulos, al tiempo que les encarga: “Haced esto en memoria mía” (Lc 22,19). En cambio, el evangelio de Juan nos presenta el icono de Jesús con la toalla ceñida a la cintura y lavando los pies a sus discípulos, para encargarles después: “Lo mismo debéis hacer vosotros unos con otros... como yo lo he hecho con vosotros” (Jn 13,14-15).

En la conciencia de la Iglesia, es a la luz del icono del lavatorio de los pies como adquiere todo su sentido aquel otro en que Jesús reparte su Cuerpo y su Sangre. Es decir, el mandamiento del amor fraterno nos da la clave fundamental para entender el sentido de la Eucaristía en la Iglesia. Así lo refleja la liturgia del Jueves Santo.

Este testamento que la Iglesia recibe de Jesús se refiere a dos facetas o dimensiones del *ministerio de salvación* que se despliega en la Iglesia a través de diversos ministerios particulares. De una parte, con el sacerdocio ministerial, instituido por un sacramento específico, la Iglesia garantiza su fidelidad a la memoria de la entrega de Jesús, su muerte y resurrección, y la actualiza por la Eucaristía. De otra, el propio Espíritu Santo aviva entre los fieles el recuerdo de Jesús en la actitud del servidor, y la urgencia de su mandato: “...en esto conocerán que sois mis discípulos” (Jn 13,35).

Por eso se despiertan entre los fieles numerosos carismas para desarrollar la comunión por el servicio fraterno. De este modo la salvación llega a los más desfavorecidos: para que los ciegos vean, los cojos anden, los presos sean liberados; y para educar a la juventud, cuidar a los enfermos, atender a los



ancianos... El amor fraterno se concreta así en numerosos servicios, muchos de los cuales llegan a institucionalizarse o reconocerse como ministerios eclesiales<sup>1</sup>.

La vida consagrada surge en la Iglesia en respuesta a esta llamada del Espíritu a mantener fielmente la memoria del amor de Cristo, que ha amado a los suyos *hasta el extremo*<sup>2</sup>. Son muchas las formas que adopta esa respuesta, pero en la base está siempre la opción “del don de sí mismo por amor al Señor Jesús y, en Él, a cada miembro de la familia humana”<sup>3</sup>.

La vocación y la identidad del religioso hermano adquieren significado en esta dinámica, que es al mismo tiempo integradora y complementaria de los diversos ministerios, pero también necesitada y promotora de signos proféticos.

## I. EL MISTERIO:

### LA FRATERNIDAD, DON QUE RECIBIMOS

#### **Testigo y mediador: “Hemos creído en el amor de Dios”**

13. ¿Qué hay en el origen de la vocación del hermano, sino la experiencia del amor de Dios? “*Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él*” (1 Jn 4, 16). Ese es también el origen de toda vocación cristiana. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>4</sup>.

La opción radical que el Antiguo Testamento propone al pueblo de Israel y a cada israelita en particular se sitúa en este contexto del encuentro del creyente con Dios, de Dios que sale al encuentro del Pueblo con el que ha hecho alianza. Se trata de una consagración total de la vida: “*Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*” (Dt 6, 4-5). Jesús reafirma esta exigencia, pero uniéndola a esta otra: “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Lv 19, 18). En adelante ambos mandamientos formarán uno e indivisible (cf Mc 12, 29-31). “Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es solo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro”<sup>5</sup>.

La vocación del hermano no es solo ser destinatario del amor de Dios, sino también testigo y mediador de ese mismo don, del proyecto de comunión que Dios tiene sobre la humanidad y que se fundamenta en la comunión trinitaria. Dicho proyecto, el Misterio que nos ha sido revelado en Cristo, pretende establecer una relación horizontal entre Dios y la humanidad, en el interior mismo de la humanidad, allí donde Dios ha querido situarse.

Las relaciones de filiación se transforman así, simultáneamente, en relaciones de fraternidad. Por ello, decir “hermano” es tanto como decir “mediador del amor de Dios”, del Dios que “*tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna*” (Jn 3, 16).

Ser “hermano” es también ser mediador del amor del Hijo, el Mediador por excelencia, que “*llevó su amor hasta el extremo*” (Jn 13,1) y nos pidió que nos amáramos como Él nos amó (Jn 13,34). De este mundo que Dios ama tanto, el hermano no puede huir; al contrario, es impulsado a salir a su encuentro y a amarlo. Al contemplar la obra salvadora de Dios, el hermano se descubre a sí mismo como

---

<sup>1</sup> Cf VC 60, NMI 46.

<sup>2</sup> Cf VC 75.

<sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1.

<sup>5</sup> Benedicto XVI, *ib.* 1.

instrumento del que Dios quiere valerse para hacer más visible su alianza, su amor y su preocupación por los más débiles.

El hermano es consciente de que toda la creación está impregnada del amor y la presencia de Dios y que, en especial, cuanto afecta a la persona humana forma parte del plan salvador de Dios. Así nace en el hermano y en la comunidad de hermanos el empeño por la calidad de su servicio profesional en toda tarea, por profana que parezca.

### ***Consagrado por el Espíritu***

14. Nada hay más grande que la consagración bautismal. El Bautismo “nos regenera a la vida de los hijos de Dios; nos une a Jesucristo y a su Cuerpo que es la Iglesia; nos unge en el Espíritu Santo constituyéndonos en templos espirituales”<sup>6</sup>. Toda la existencia del cristiano ha de ser un proceso de integración en el plan de comunión significado en el Bautismo, asumiendo sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios.

El enunciado anterior corre el riesgo de no entenderse si lo leemos al margen del gran relato de la historia de la salvación, en el que cobra vida y en el que, gracias al Bautismo, el cristiano encuentra un lugar propio e insustituible. Dicha historia narra cómo la Trinidad proyecta su propia comunión en la misión de salvación de la humanidad, cómo intenta la alianza de diversas formas y se compromete en ella hasta el extremo por la encarnación del Hijo. Esta historia de salvación se continúa gracias al Espíritu, que reúne a la Iglesia y la edifica con sus dones para seguir salvando por ella a la humanidad.

En ese gran relato participamos todos, pues “Dios llama a cada uno en Cristo por su nombre propio e inconfundible”<sup>7</sup>. Cada uno interviene activamente y su influencia en los demás es decisiva. A cada uno, como miembro de la Iglesia, “se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para el bien de todos”<sup>8</sup>. Cada uno, gracias a la unción recibida en el Bautismo y la Confirmación, podrá repetir las palabras de Jesús: “*El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor*” (Lc 4,18-19). De esta manera, “el bautizado participa en la misma misión de Jesús el Cristo, el Mesías Salvador”<sup>9</sup>.

### ***Compromiso público: hacer hoy visible el rostro de Jesús-hermano***

15. En esta historia personal que comienza en el Bautismo, se inserta y encuentra su pleno sentido la consagración religiosa. Esta es “una singular y fecunda profundización” de la consagración bautismal, en cuanto expresa una vocación que implica “un don específico del Espíritu Santo”<sup>10</sup>. Este don se experimenta como un impulso a proclamar con la propia vida ante la comunidad eclesial y ante el mundo lo que Jesús anuncia en la sinagoga de Nazaret: “*Hoy se cumple ante vosotros esta escritura*” (Lc 4,21). Dicho impulso, que caracteriza la vida del profeta, va acompañado de una invitación sentida interiormente, a manifestar con el celibato voluntario, abrazado por amor y vivido en comunidad fraterna, la novedad del mundo revelado en Jesucristo, la fecundidad de su alianza con la Iglesia, más allá de la carne y la sangre.

Cada consagración religiosa manifiesta a los fieles que el misterio de Cristo Salvador *se cumple hoy y aquí*, en este mundo y por medio de la Iglesia de hoy. En cada tiempo y lugar las personas consagradas

---

<sup>6</sup> ChL 10.

<sup>7</sup> ChL 28.

<sup>8</sup> Ibid.

<sup>9</sup> ChL 13.

<sup>10</sup> VC 30.

revelan a sus contemporáneos los rasgos de Jesús con los que Él mismo hacía notar que el misterio del Reino de Dios había irrumpido en la historia. La visibilidad se produce por un modo de presencia que descubre el carisma de cada familia consagrada en el *aquí y ahora*. Por eso las personas consagradas han de preguntarse frecuentemente: ¿cómo ser testigos del Señor, hoy?; ¿qué tipo de presencia hemos de asumir para que el Señor Jesús pueda ser visto, *intuido*, por las gentes de hoy?

La vida consagrada está llamada a ser “memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos”<sup>11</sup>. En particular, el religioso hermano, al igual que la religiosa hermana, hace visible en la Iglesia el rostro de Cristo hermano, “*primogénito entre muchos hermanos*” (Rm 8,29), artífice de una nueva fraternidad que instaura con su enseñanza y con su vida.

### **Ejercicio del sacerdocio bautismal**

16. El Concilio Vaticano II ha puesto en evidencia la riqueza del Bautismo y la grandeza del sacerdocio común a todos los bautizados. Ha señalado la relación mutua entre el sacerdocio bautismal y el sacerdocio ministerial, y ha recordado que este último está radicalmente ordenado al de todos los fieles.<sup>12</sup>

El religioso hermano, al vivir su condición laical mediante una consagración especial, es testigo del valor del sacerdocio común, recibido en el Bautismo y la Confirmación: “*Nos ha hecho un reino de sacerdotes para su Dios y Padre*” (Ap 1,5-6). Su consagración religiosa constituye de por sí un ejercicio en plenitud del sacerdocio universal de los bautizados. El acto esencial de este sacerdocio consiste en la ofrenda del sacrificio espiritual por el que el cristiano se entrega a Dios *como hostia viva y agradable* (Rm 12,1), en respuesta a su amor y para procurar su gloria.

El hermano vive la comunión con el Padre, fuente de toda vida, por la ofrenda total de su existencia a Él, en actitud de alabanza y adoración. Al enraizar profundamente su vida en Dios, el hermano *consagra* toda la creación, reconociendo la presencia de Dios y la acción del Espíritu en las criaturas, en las culturas, en los acontecimientos. Y porque reconoce esa presencia activa, puede anunciarla a sus contemporáneos. Esta capacidad es el fruto de un proceso permanente de apertura a Dios por su consagración, esto es, de la vivencia diaria de su sacerdocio bautismal.

### **Semejante en todo a sus hermanos**

17. La consagración religiosa ayuda al hermano a participar más conscientemente en la dimensión fraterna que caracteriza el sacerdocio de Cristo. Él “*tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel*” (Hb 2,17-18). Para revestirnos de su filiación divina, Jesucristo se hizo previamente hermano, compartió nuestra carne y sangre, se hizo solidario con los sufrimientos de sus hermanos. Este es el título que Jesús da a sus discípulos tras su resurrección, y María Magdalena es la encargada de comunicárselo: “*Vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre...*” (Jn 20,17).

En la comunidad fraterna que lo acoge, el religioso hermano experimenta el misterio de Jesús resucitado como anuncio y envío. Esta comunidad es espacio teológico<sup>13</sup> donde Jesús se hace presente en medio de los hermanos (cf. Mt 18,20) para reunirlos con un solo corazón, para darles su Espíritu (cf. Jn 20,22) y enviarlos como a María Magdalena a anunciar que en Cristo todos somos hermanos, hijos del mismo Padre. Fundamentado en esta experiencia, el hermano desarrolla el sacerdocio bautismal por la fraternidad, siendo por ella puente de unión entre Dios y sus hermanos, ungido y enviado por el

---

<sup>11</sup> VC 22.

<sup>12</sup> Cf ChL 22; cf LG 10.

<sup>13</sup> Cf VC 42.

Espíritu para hacer llegar la Buena Nueva del amor y la misericordia de Dios a todos y, especialmente, a los más pequeños de sus hermanos, los miembros más débiles de la humanidad.

Tanto el religioso hermano como el laico comprometido en la sociedad secular viven el sacerdocio universal según modalidades diferentes. Ambas expresan la riqueza compleja de este sacerdocio que implica cercanía a Dios y cercanía al mundo, pertenencia a la Iglesia como sierva del Señor, y a la Iglesia que se construye a partir del mundo, destinado a Dios. El laico comprometido con el mundo recuerda eficazmente al religioso hermano que no puede ser indiferente a la salvación de la humanidad, ni al progreso en la tierra, querido por Dios y ordenado a Cristo. El hermano recuerda al laico comprometido en la sociedad secular que el progreso en la tierra no es la meta definitiva, que “la edificación de la ciudad terrena se funda siempre en Dios y se dirige a Él, *no sea que trabajen en vano los que la edifican*”<sup>14</sup>.

### ***La profesión: una consagración única, expresada en votos diversos***

18. La ofrenda de sí se hace pública y es recibida por la Iglesia a través de la profesión de los votos. La consagración precede a los votos, los abarca y los supera existencialmente. Esta afirmación se comprenderá a la luz de lo que sigue.

Para responder a la acción amorosa de Dios que lo *consagra*, la persona consagrada se ofrece a Dios por la profesión religiosa: hace ofrenda, ante todo, de la propia vida, para convertirla en signo del primado de Dios, de una vida toda para Él, de la alianza, del amor de Dios por su Pueblo. Es el compromiso del amor como orientación fundamental de la vida. Es el vínculo de la fraternidad como respuesta al don de la filiación, recibido de Dios en su Hijo Jesús.

Esta consagración que unifica e integra la vida, compromete a la persona a vivir en el *aquí y ahora* de cada día el sacrificio de sí mismo en todas las dimensiones de su existencia concreta. En este dinamismo integrador adquieren sentido *los votos*, como modo de abarcar, con diversos acentos, la totalidad de la existencia.

En la historia de la vida consagrada la profesión pública religiosa se ha explicitado de diversas formas, pero desde el siglo XIII se fue haciendo común la tendencia a expresarla a través de los consejos evangélicos, que resaltan la intención de *conformar* con Cristo toda la existencia<sup>15</sup> en tres dimensiones esenciales: castidad, pobreza y obediencia.

El religioso hermano expresa su consagración por la profesión de los consejos evangélicos, al tiempo que señala la unidad de su vida y su conformidad con Cristo desde el eje central del Evangelio, el mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Vive su castidad, especialmente, como experiencia del amor de Dios por el que se siente impulsado a un amor universal y a ser promotor de comunión con el testimonio de su fraternidad<sup>16</sup>. Vive su pobreza como quien ha recibido gratuitamente, en la persona de Jesús, la perla preciosa del Reino de Dios; por ella se hace disponible para construir la fraternidad y servir en la caridad a todos, especialmente a los más pobres; esa pobreza abre los hermanos unos a otros y les hace sentirse necesitados unos de otros. Vive su obediencia, de modo particular, como búsqueda en común de la voluntad del Padre, en la fraternidad animada por el Espíritu, con la disposición de caminar juntos en unión de espíritu y de corazón<sup>17</sup> y aceptando gustosamente las mediaciones humanas indicadas por la Regla del Instituto<sup>18</sup>.

---

<sup>14</sup> LG 46.

<sup>15</sup> Cf VC 16.

<sup>16</sup> Cf VC 46; 51.

<sup>17</sup> Cf VC 92.

<sup>18</sup> Cf CIVCSVA, *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 9.

Los votos expresan, pues, el compromiso del hermano a vivir el misterio de Dios, del que ha sido constituido, en unión con sus hermanos, *signo y profecía* para la comunidad eclesial y para el mundo<sup>19</sup>: misterio de amor, de alianza, de fraternidad.

### **Una espiritualidad encarnada y unificadora**

19. La dimensión profética es parte esencial de la identidad del consagrado y se desarrolla, en primer lugar, por la escucha. Así lo experimenta el Siervo de Yahvé: *“Cada mañana me despierta el oído para escuchar como un discípulo”* (Is 50,4). Solo la experiencia de estar enraizado en Dios e imbuido por su Palabra, puede garantizar la vivencia de esta dimensión en la acción apostólica, pues *“la verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia”*<sup>20</sup>. La aptitud para leer en profundidad los signos de los tiempos, para captar tras ellos la llamada de Dios a trabajar según sus planes<sup>21</sup>, para descubrir la presencia de Dios en las personas y especialmente en los pobres, es fruto del cultivo de la contemplación, que nos ayuda a ver las cosas y las personas como las ve Dios.

La espiritualidad del hermano ha de conducirlo a revivir de un modo especial la experiencia cristiana de los orígenes que el evangelista Mateo expresó simbólicamente: *“El velo del templo se rasgó”* (Mt 27,51). Esta imagen nos sugiere que Jesús, con su muerte, *“nos ha abierto un camino nuevo y viviente a través del velo de su propia humanidad”* (Hb 10,20) para encontrarnos con el Padre. La presencia de Dios ya no es exclusiva de un *“lugar sagrado”*; desde entonces, *“a Dios hay que adorarlo en espíritu y en verdad”* (Jn 4,24).

El hermano está llamado a vivir esta espiritualidad encarnada y unificadora que le facilita el encuentro con Dios, no solo en la escucha de la Palabra, los Sacramentos, la liturgia, la oración, sino también en la realidad cotidiana, en todas sus tareas, en la historia del mundo, en el proyecto temporal de la humanidad, la realidad material, el trabajo y la técnica. Una tal espiritualidad tiene su base en una visión profunda de la unidad del diseño de Dios: es el mismo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien crea el mundo y quien lo salva. Se trata de llevar toda la vida a la oración y de que la oración se continúe en la vida.

Los religiosos hermanos concilian la oración oficial de la Iglesia con la dimensión de servicio que caracteriza su vida consagrada. Cultivan una actitud contemplativa capaz de vislumbrar la presencia de Jesús en su historia, en sus vidas cotidianas, en sus quehaceres y compromisos, para poder exclamar con Él: *“Yo te bendigo, Padre... porque has revelado estas cosas a los sencillos...”* (Lc 10,21)

### **Una espiritualidad de la Palabra para vivir el Misterio “en casa”, con María**

20. Los tres evangelios sinópticos narran brevemente una escena en la que Jesús establece una diferencia inequívoca entre *“su madre y sus hermanos”* según la carne y *“su madre y sus hermanos que oyen la palabra de Dios y la cumplen”* (Lc 8,21). En el relato, Jesús se pronuncia claramente en favor de estos últimos. Los primeros están *fuera de la casa*, lo llaman desde fuera; los segundos están en torno a Él, *dentro de casa*, escuchándolo. En esta nueva categoría de relación familiar establecida por Jesús es donde María encuentra su verdadera grandeza y su significación profunda para la comunidad cristiana. De ella nos afirma el propio San Lucas que *“lo guardaba todo en lo íntimo de su corazón, meditando continuamente en ello”* (Lc 2,19.51). María acoge y vive a fondo el misterio del amor de Dios hasta hacerlo carne suya. Ella es lazo de unión en la comunidad naciente de los hermanos,

---

<sup>19</sup> Cf VC 15.

<sup>20</sup> VC 84.

<sup>21</sup> Cf VC 73.

a la que acompaña y en la que se integra como madre y hermana; y en esta fraternidad orante recibe el Espíritu (cf *Hch* 1,14; 2,1-4).

Como María, el religioso hermano está invitado a vivir intensamente la espiritualidad de la Palabra, a tener esta experiencia de *estar en casa*, en torno a Jesús, escuchando su mensaje, y vivir a su lado el misterio del Padre que nos hace hijos en el Hijo y hermanos entre nosotros y con Jesús.

Como María, el hermano está invitado a dejarse llenar por el Espíritu, a escucharlo dentro de sí, que clama en lo más profundo del corazón: *Abbá!* (*Gál* 4,6; *Rm* 8,15). Esta experiencia es la única en la que puede sustentar su vocación.

Apoyado e inspirado en María, el hermano vive en su comunidad la experiencia del Padre que reúne a los hermanos con su Hijo en torno a la mesa de la Palabra, de la eucaristía y de la vida. Con María, el hermano canta la grandeza de Dios y proclama su salvación: por eso se siente urgido a buscar y hacer sentar a la mesa del Reino a los que no tienen para comer, a los excluidos de la sociedad y a los marginados del progreso. Esa es la eucaristía de la vida que el hermano está invitado a celebrar desde su sacerdocio bautismal, reafirmado por su consagración religiosa.

